

CAPÍTULO 6

LA GUERRA FRÍA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Juan Besoky

Introducción

Este capítulo incluye las siguientes cuestiones:

- La formación de dos bloques a través de la competencia entre URSS y Estados Unidos.
- Las diferentes etapas de la Guerra Fría y los principales conflictos en el marco internacional.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial no llegó a concretarse un tratado de paz en virtud de que muy rápidamente la Gran Alianza dio paso a la Guerra Fría. El escenario mundial quedó signado por la rivalidad entre las dos principales potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que se lanzaron a una frenética carrera armamentista, pero sin llegar nunca al campo de batalla en forma abierta y directa. Si bien el núcleo central del nuevo escenario, la llamada Guerra Fría, lo constituyó la rivalidad estratégica entre las dos superpotencias, localizada inicialmente en el territorio europeo y con alcances mundiales después, es conveniente articular ese enfrentamiento con otras dimensiones. Por un lado con la lucha anticolonial que aunque dependió en parte de la existencia de los dos bloques, tuvo su propia dinámica y dio paso a un nuevo actor: el Tercer Mundo, con destacada importancia en curso seguido por la Guerra Fría. Por otro lado, con el modo en que los países europeos se amoldaron, cuestionaron o bien resistieron, ya sea, el predominio de Washington en el caso de Europa occidental, o la sujeción a Moscú en Europa del este.

En el pasaje de la Gran Alianza a la Guerra Fría, Europa quedó partida en dos: la zona occidental bajo el liderazgo de EEUU y la región centro oriental sometida a las directivas de la URSS. Con el triunfo de los comunistas en China en 1949 y al calor de las luchas anticolonialistas, los principales focos de tensión se localizaron en el Tercer Mundo. Si bien en los conflictos desplegados en este nuevo escenario incidió la rivalidad de las dos superpotencias, los mismos fueron procesados a través de factores y decisiones singulares, o sea no es posible explicarlos sólo como resultado de la existencia de dos bloques en pugna.

Desde el quiebre de la Gran Alianza en 1947 hasta la disolución del bloque soviético en 1989, la Guerra Fría siguió un curso zigzagueante. Entre 1947 y 1953 la desconfianza y las

tensiones entre los dos grandes centros de poder llegaron al punto de que se temió el estallido de una tercera guerra mundial, fue el momento de la Guerra Fría plena. A partir de 1953, aunque con oscilaciones, se avanzó hacia la distensión que tuvo su máxima expresión en la conferencia de Helsinki en 1975. La mayor parte de esta etapa coincidió con el período de crecimiento económico, “los años dorados”. A fines de la década de 1970, cuando la crisis económica, ya evidente en el capitalismo, pero aún soterrada en el régimen soviético, cerraba el ciclo de expansión, volvió a exacerbarse la tensión entre las superpotencias y la distensión dio paso a la Segunda Guerra Fría. Con la designación de Mijail Gorbachov al frente del gobierno de la Unión Soviética en 1985 se reanudó el diálogo entre las superpotencias. La crisis de los regímenes soviéticos de Europa del este en 1989 y la desintegración de la URSS en 1991 clausuraron el orden bipolar distintivo de la Guerra Fría.

En relación con el carácter multidimensional de la Guerra Fría, la caracterización de cada una de estas etapas incluye tres cuestiones: el grado de animadversión o de disposición al diálogo entre las dos grandes potencias, las relaciones entre los países de cada bloque y la potencia dominante y por último, las luchas por la liberación nacional junto con la emergencia del Tercer Mundo. En este texto se abordan los dos primeros temas y se dedica el próximo capítulo al tercero.

De la ruptura de la Gran Alianza a la Guerra Fría (1945-1953)

La competencia entre Washington y Moscú –que impuso su sello a las relaciones internacionales durante casi medio siglo– se libró en los frentes militar, ideológico, político y propagandístico, pero sin desembocar en la lucha armada, ya que la desafortunada carrera en torno a la provisión de armas nucleares instaló la certidumbre de que el pasaje a una guerra caliente sería una catástrofe sin vencedores¹.

¹ Aunque su aspecto más visible fue el enfrentamiento militar y la carrera armamentista, la Guerra Fría también implicó una competencia que fue económica (planificación vs libre empresa), política (democracias “populares” vs democracias “liberales”), y también la disputa en el plano de las ideas en torno a la apropiación de un número de significantes de alto valor legitimador tales como paz, democracia, libertad y cultura.

En este plano los soviéticos patrocinaron varios encuentros en torno a la reivindicación de la paz. En agosto de 1948 se reunió en Polonia, el Congreso Mundial de Intelectuales pro Paz donde se decidió fundar una organización permanente con el nombre de Comité de Enlace Internacional de Intelectuales. A continuación, en marzo 1949, se reunió en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York la Conferencia Cultural y Científica para la Paz Mundial organizada por el Consejo Nacional de las Artes, Ciencias y Profesiones, liderada por Howard Fast y a la que asistieron destacados intelectuales: Leonard Bernstein, Aaron Copland, Albert Einstein y Norman Mailer. En abril del mismo año se llevó a cabo en París el Primer Congreso Mundial de la Paz que reunió cerca de 30000 personas. En el marco de este evento se fundó el Comité Mundial de Partidarios de la Paz y se instituyó el Premio Stalin por la Paz. Latinoamérica también estuvo presente con los delegados enviados por Argentina, Uruguay, Chile, México, Brasil y Cuba.

En marzo de 1950 se lanzó desde la capital sueca el “Llamamiento de Estocolmo” contra las armas nucleares, firmado por millones de personas alrededor del mundo.

Las primeras iniciativas del bloque occidental fueron en torno a la defensa de la libertad y tuvieron asiento en los Estados Unidos. Una semana antes de que se llevara a cabo la conferencia en el Waldorf Astoria, el filósofo Sidney Hook anunció la creación de la Americans for Intellectual Freedom mientras en Nueva York ya funcionaba Americans for Democratic Action entre cuyos miembros se encontraban Hubert Humphrey, John Kenneth Galbraith, Joseph P. Lash, Walter Reuther, Eleanor Roosevelt y Arthur Schlesinger Jr. Todos se sumarían luego al Congreso por la Libertad de la Cultura creado en Europa en 1950. Este Congreso funcionó esencialmente promoviendo eventos culturales - encuentros, conferencias, conciertos, exposiciones, galerías y bienales de arte, publicando libros y revistas, pero sobre todo tejiendo una vasta red de relaciones internacionales entre figuras de la intelectualidad y la política. Fue

Cuando llegó la paz, Europa estaba devastada y quedó confirmada la pérdida de su hegemonía anunciada al término de la Primera Guerra Mundial. En la segunda posguerra, Washington y Moscú se posicionaron como los principales centros de poder, aunque la fuerza económica y militar de Estados Unidos era sustancialmente superior a la de la Unión Soviética brutalmente desgarrada en términos humanos y materiales por la invasión de los nazis. Como contrapartida la URSS había salido del conflicto ocupando amplias extensiones de Europa y portando un enorme prestigio mundial debido a su enorme sacrificio y a su innegable protagonismo en la derrota del nazismo. Si bien entre 1941 y 1945, Washington y Moscú unieron sus fuerzas para luchar contra el enemigo común, poco después de la derrota del Eje se posicionaron como enemigos inconciliables. A pesar de los numerosos trabajos sobre las razones y la trayectoria de la Guerra Fría, la configuración de dos bloques enemigos, continúa siendo un proceso intensamente debatido².

pensado como un espacio de resistencia política y activismo intelectual en defensa de la "libertad del pensamiento" por oposición a "la censura y el totalitarismo" del régimen soviético.

La apertura contó con cerca de 4000 asistentes, entre otros, Arthur Koestler, Denis de Rougemont, Ignazio Silone, James Burnham, Germán Arciniegas, Guido Piovene, Arthur Schlesinger, Upton Sinclair y Tennessee Williams. Allí se firmó el *Manifiesto de los hombres libres* y se decidió "[...] crear una asociación permanente destinada a combatir todo atentado, abierto o disimulado, a la libertad de la cultura". Este documento descalificaba la iniciativa soviética por la paz. Sus firmantes afirmaron que los principales responsables de crear amenazas a la paz eran los gobiernos que al mismo tiempo que hablaban de paz, se negaban a reconocer el control popular y la autoridad internacional. "La historia nos enseña que todos los *slogans* son buenos, incluso los de la paz, para quien quiere preparar la guerra. Ciertas *cruzadas por la paz* que ninguna acción real en favor del mantenimiento de la paz confirma, no son otra cosa que falsa moneda".

En el segundo encuentro, a fines de 1950, se discutió el documento redactado por Koestler que proponía como uno de los principales objetivos del Congreso: "ganar para nuestra causa a los que aún dudan, quebrar la influencia de los Joliot-Curies, por un lado, y de los neutralistas culturales al estilo de *Les Temps modernes*, por otro."

Les Temps modernes) fue fundada en 1945 por Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty. Sus páginas incluyen textos de contenido político, literario y filosófico. Debe su nombre a la película del mismo título de Charles Chaplin. En 1952 en sus páginas se desarrolló y encendido debate entre Sartre y el escritor Albert Camus. La vida del Congreso por la Libertad de la Cultura se extendió a lo largo de algo más de dos décadas por todo el mundo.

En este organismo confluyeron cuatro tendencias anticomunistas: la católica, la nacionalista, la liberal y la de la izquierda anti-estalinista comunistas desilusionados, anarquistas, trotskistas y socialistas de la que hombres como Koestler y Silone fueron figuras emblemáticas.

Ambos escribieron en la compilación decididamente crítica de la experiencia bolchevique, *The God that failed*, efectuada por el laborista de izquierdas Richard Crossman publicada en 1949.

Se había constituido finalmente la organización cultural más fuerte y exitosa con que contó el frente cultural occidental por oposición al frente cultural soviético.

² Desde 1945 han tenido lugar dos grandes debates. Por un lado, el debate histórico sobre las causas y la responsabilidad de la Guerra Fría. Esta controversia pasó por tres fases principales: la del consenso inicial en torno a la idea del afán expansionista del comunismo, la revisionista y la post-revisionista. La primera versión sostiene que desde el triunfo de la Revolución Rusa en 1917 y, sobretudo, a partir de 1945, la política exterior soviética se habría caracterizado por una estrategia de largo plazo destinada a derrocar las sociedades capitalistas del mundo y reemplazarlas con regímenes comunistas. En los años sesenta, en el marco de la guerra de Vietnam, prosperó el enfoque revisionista. Esta corriente atribuyó la responsabilidad de la Guerra Fría a Estados Unidos. Algunos historiadores esgrimieron razones objetivas y otros subrayaron las causas subjetivas. Los primeros pusieron el acento en la lógica del sistema económico capitalista que requería de nuevos mercados donde invertir el capital. Las graves tensiones que caracterizaron a la Guerra Fría se explicarían por la agresividad del imperialismo estadounidense frente a los avances en los procesos de liberación nacional en el Tercer Mundo, la creciente capacidad estratégica de los soviéticos y la declinación de la hegemonía estadounidense en el mundo capitalista. Aquellos que privilegiaron los factores subjetivos destacaron la constitución, después de la muerte de Roosevelt, de nuevos equipos de gobierno escasamente dispuestos a preservar la actitud conciliadora del presidente promotor del New Deal. La versión post-revisionista ganó terreno en el marco de la Segunda Guerra Fría. Desde esta óptica, el "expansionismo" soviético se reflejaba claramente en la revoluciones en el Tercer Mundo. En consecuencia, Estados Unidos y otros países de Occidente habrían de implementar una renovada política de contención que cristalizó en la política del presidente republicano Ronald Reagan.

Esto no quiere decir que sea factible ubicar a todos los historiadores en alguna de estas corrientes principales. Por ejemplo, el historiador inglés Eric Hobsbawm desestima la identificación de un "culpable" y no considera que fuese inevitable que la relación entre ambas potencias desembocase en la Guerra Fría. Opta por combinar el análisis de las decisiones de los dirigentes de Washington y Moscú con la percepción que tenían de sus posibilidades y objetivos a fin de definir las relaciones entre sí. Desde su perspectiva, la debilidad de la URSS, impulsó a Stalin a una postura intransigente a fin de opacar su débil margen de acción. Al mismo tiempo, el gobierno estadounidense siguió una línea históricamente anticomunista para contar con el enemigo que hiciera posible cohesión a la sociedad norteamericana en torno a una política activa en el plano internacional y abandonar el aislamiento.

Los primeros signos del resquebrajamiento de la Gran Alianza se hicieron evidentes a partir de 1946. Por una parte, el afianzamiento de los soviéticos en los países de Europa del este profundizó los recelos de los principales países del área capitalista respecto a los objetivos de Moscú. Por otra, las reticencias de los aliados occidentales al retiro por parte de la URSS de los bienes alemanes destinados al pago de las reparaciones de guerra, alentó los temores de Stalin.

El ambiente enrarecido que ya se había empezado a respirar en Potsdam terminó por aflorar claramente en 1946 cuando se sucedieron una serie de declaraciones que expresaban la mutua desconfianza. En febrero 1946 George Kennan, experto en asuntos soviéticos del Departamento de Estado norteamericano, envió a Washington un documento de dieciséis páginas con un diagnóstico pesimista sobre los objetivos de Moscú:

Se advertirá al leer las declaraciones realizadas desde hace dos decenios por los jefes y los portavoces del régimen en las reuniones del Partido que hay una solución de continuidad en el pensamiento soviético, y la consigna que se mantiene siempre es: la hostilidad fundamental a la democracia occidental, al capitalismo, al liberalismo, a la socialdemocracia y a todos los grupos y elementos que no estén completamente sometidos al Kremlin.

Al mes siguiente, Churchill visitó los Estados Unidos y pronunció un célebre discurso en la Universidad de Fulton en el que anunció la existencia de un “telón de acero” entre los países de Europa occidental y los ocupados por el ejército soviético. Como contrapartida, en septiembre

En el campo de estudio de las relaciones internacionales –y en parte también en el movimiento pacifista que se puso en movimiento en Europa Occidental para detener la instalación de los misiles en esta zona y frenar la carrera armamentista– la Guerra Fría fue abordada, no como proceso, sino para dar cuenta de su “lógica” y la naturaleza de este conflicto. En este terreno reconocemos cuatro enfoques principales: el realista, el subjetivista, el internista y el intersistémico.

Para el realismo, la Guerra Fría es una continuación de la política de las grandes potencias que rivalizan permanentemente entre sí a fin de alcanzar las metas propias de cada uno de sus Estados nacionales. No obstante reconocen algunos elementos distintivos de este período: armas nucleares, rivalidad ideológica.

El subjetivismo analiza la Guerra Fría en términos de percepciones. Sostiene que la política exterior en general y los errores de la misma deben atribuirse a las concepciones individuales y colectivas de los responsables de la elaboración de las políticas exteriores y de las poblaciones que apoyaban o limitaban estas políticas.

La versión internista sitúa la dinámica de la Guerra Fría dentro de los bloques contendientes más que entre ellos. Según Noam Chomsky, uno de sus representantes “La guerra fría es un sistema considerablemente funcional por medio del cual las superpotencias controlan sus propios dominios. Es por eso que continúa y continuará” O sea los autores inspirados en esta teoría sostienen que el verdadero conflicto internacional en el contexto de la Guerra Fría debería buscarse en los procesos de disciplinamiento que ambas superpotencias habrían pretendido realizar en el seno de ambos bloques justificándolo en la agudización de las tensiones entre el capitalismo y el comunismo.

Parte de los intelectuales que adhieren a este enfoque se centran en las presiones ejercidas a favor de la confrontación por parte de ciertos sectores, particularmente el complejo militar-industrial. Entre los autores más conocidos de esta idea cabe mencionar al historiador inglés Edward Thompson quien llevó a cabo una destacada labor como miembro del movimiento pacifista antinuclear durante la Guerra Fría. Propuso la “tesis del exterminismo” a través de la cual advirtió sobre la grave amenaza que representaban la autonomía relativa de los mandos militares responsables por las armas nucleares. La idea del exterminismo soslaya las razones y el modo en que compiten los dos bloques en la esfera internacional y deja de lado sus diferencias políticas, económicas y sociales.

Según Thompson, el exterminismo es un fenómeno único que afecta “isomórficamente” a las dos sociedades, la capitalista y la comunista, funciona por sí mismo, sin finalidad racional alguna, y lleva a la sociedad a la que afecta por una vía armamentista al término de la cual sólo hay destrucción y “exterminación de masas”. Esta línea de pensamiento acabó siendo central entre los movimientos ambientalistas o “verdes” y pacifistas, sobre todo en Europa Occidental.

El enfoque intersistémico sostenido por el marxista inglés Fred Halliday niega que la Guerra Fría sea una mera continuación de la política tradicional y si bien reconoce el peso de los asuntos internos, subraya que los dos bloques están, básicamente, interesados en mejorar sus posiciones y en dominar al contrario. Sostiene tres ideas principales: la rivalidad Este-Oeste fue producto del conflicto entre dos sistemas sociales diferenciados; la competencia es de alcance universal y la rivalidad sólo puede concluir con el predominio de un bloque sobre el otro.

1946, el embajador soviético en Washington alertó a su gobierno que Estados Unidos pretendía dominar el mundo y estaba dispuesto a ir a la guerra para lograr sus objetivos.

El resquebrajamiento de la alianza no quedó reducido al cruce de declaraciones hostiles, en ese momento existían dos cruentas guerras civiles, la de Grecia y China, donde los comunistas locales se enfrentaban con fuerzas apoyadas por las democracias occidentales y, además, se profundizaban las divergencias entre los países capitalistas y la Unión Soviética respecto al trato dado a Alemania. El gobierno soviético exigía el ingreso de las reparaciones que habrían de contribuir a la reconstrucción del país devastado por la guerra, mientras que Estados Unidos mostraba un creciente interés por la recuperación alemana concebida como muralla de contención frente al comunismo.

La cada vez más evidente debilidad de Gran Bretaña, condujo al gobierno de Truman, alegando la necesidad de defender la democracia, a ejercer un papel activo sobre el rumbo de Grecia y Turquía, dos países ubicados en la esfera de influencia inglesa. En febrero de 1947 el gobierno británico reconoció que era incapaz de seguir apoyando al gobierno conservador de Atenas en su lucha contra las guerrillas comunistas y que no podía mantener la ayuda financiera a Turquía. Al mes siguiente, en su discurso ante el Congreso, el presidente norteamericano no solo demandó la aprobación de una ayuda de 400 millones de dólares para ambos países, anunció que los Estados Unidos se comprometían con la defensa del mundo libre. Según Truman existían dos mundos totalmente opuestos:

Uno de dichos modos de vida se basa en la voluntad de la mayoría y se distingue por la existencia de instituciones libres, un gobierno representativo, elecciones limpias, garantías a la libertad individual, libertad de palabra y religión y el derecho a vivir sin opresión política. El otro se basa en la voluntad de una minoría impuesta mediante la fuerza a la mayoría. Descansa en el terror y la opresión, en una prensa y radio controladas, en elecciones fraudulentas y en la supresión de las libertades individuales.

Los Estados Unidos debían ayudar a los pueblos que luchaban contra las minorías armadas o contra las presiones exteriores que intentaban sojuzgarlos.

A través de la identificación del peligroso enemigo comunista, la administración Truman contó con argumentos consistentes para desactivar el tradicional aislacionismo estadounidense y recaudar los fondos que requería asumir el papel de potencia hegemónica, unos gastos que preocupaban a los contribuyentes norteamericanos. La contención del *peligro rojo* posibilitaba cohesionar a la sociedad estadounidense en torno a los nuevos objetivos de su dirigencia: posicionar a Estados Unidos como una potencia con capacidad y vocación de liderazgo mundial.

Poco después, el secretario de Estado George Marshall anunció, en la Universidad de Harvard, el Programa de Recuperación Europeo. La situación europea era preocupante: las ciudades destruidas, la escasez de insumos básicos y el extremadamente duro invierno de 1946 alentaban el descontento social. En Francia e Italia, los comunistas captaron un

importante caudal de votos en las primeras elecciones de posguerra y formaron parte de los gobiernos de coalición hasta 1947.

El Programa de Recuperación Europea, llamado Plan Marshall, ofrecía ayuda económica a todos los países que aceptaran los mecanismos de control y de integración dispuestos por Estados Unidos. Moscú rechazó el ofrecimiento y obligó a los países europeos del este a sumarse a su decisión alegando que la ayuda servía a los intereses del imperialismo estadounidense. El golpe comunista de Praga en febrero de 1948 precipitó la puesta en marcha del citado plan. En abril de 1948, Truman firmó el Programa de Recuperación Europea, se creó la Administración de Cooperación Económica (ECA) para manejar los fondos y en París se constituyó la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) para coordinar la distribución de la ayuda norteamericana. España quedó formalmente excluida en virtud de seguir bajo el gobierno del filo-nazi Francisco Franco. Entre 1948 y 1952 llegaron a Europa cerca de 14 mil millones de dólares. Gran Bretaña obtuvo el mayor porcentaje del dinero y fueron especialmente atendidas Francia e Italia, países a los que se consideraban amenazados por el comunismo.

El programa tenía un triple objetivo: impedir la insolvencia europea que hubiera tenido consecuencias negativas para la economía norteamericana, contribuir a la mejora de las condiciones sociales en las que se visualizó un terreno fértil para la expansión del comunismo y favorecer el afianzamiento de regímenes democráticos dispuestos a apoyar la política de Estados Unidos en el escenario internacional.

El ingreso de los dólares fue acompañado por una intensa campaña de propaganda, documentales, noticieros, panfletos, a través del cual se difundió el *american life way*. En general los administradores norteamericanos de la ECA alentaron y presionaron a los gobiernos europeos para que impulsasen una política basada en la contracción del gasto público, el equilibrio de los presupuestos, la estabilidad monetaria, un sistema fiscal que alentara las inversiones. Este conjunto de medidas basaba el éxito de la reconstrucción en la obtención de altos beneficios por parte del capital. No obstante resulta muy llamativa la política norteamericana: no existían precedentes históricos de que una importante potencia apoyara el resurgimiento de sus potenciales competidores económicos como lo hizo Estados Unidos mediante préstamos con bajo interés, subvenciones directas, asistencia tecnológica, relaciones comerciales favorables y el establecimiento de un marco institucional multilateral para la estabilidad internacional.

La “amenaza” del enemigo no sólo habilitó a Estados Unidos a imponer su predominio en el escenario mundial, en el plano interno dio cauce a una campaña de control y represión sobre los comunistas y también sobre los que no fueran decididos anticomunistas, especialmente intelectuales con trayectoria antifascista y los vinculados al mundo del cine. Estados Unidos, según Truman, tenía menos comunistas que cualquier otro país, pero había que hacer “todo lo necesario para impedir que se convirtieran en una fuerza importante”. En 1947 inició sus actividades la Comisión de actividades antiamericanas presidida por el senador Joseph McCarthy quien junto con Edgar Hoover, director del Federal Bureau of Investigations (FBI),

encabezaron la cruzada contra el comunismo que alentó la delación entre vecinos y familiares. Todo ciudadano era un potencial sospechoso. McCarthy llegó a denunciar que los comunistas se habían infiltrado en el Departamento de Estado, en el Pentágono, en Hollywood, en el teatro de Broadway, en los medios de comunicación y en las universidades. América estaba minada en sus cimientos y había que responder en forma contundente.

Muchos estadounidenses que esperaban con temor el ataque de los comunistas deseaban ardientemente el castigo contra los enemigos de América, los patriotas reclamaban mano dura y proliferaron las denuncias que identificaban a responsables de actividades antiamericanas. En este ambiente Julius Rosenberg y su esposa Ethel, miembros del partido Comunista estadounidense, fueron acusados de vender a la URSS secretos acerca de la fabricación de la bomba atómica y condenados a la pena de muerte sobre la base de pruebas poco consistentes. La campaña a favor del indulto no logró su cometido y fueron ejecutados.

En un primer momento, la conducta de Stalin respecto a los países europeos ocupados por el Ejército Rojo a lo largo de su lucha contra los nazis fue la del vencedor dispuesto a apropiarse de los recursos de sus enemigos en pos de lograr la más rápida recuperación de su patria. Actuó más como un nacionalista que como un comunista interesado en promover la revolución y la expansión del comunismo. No apoyó la lucha de las guerrillas comunistas que pretendían tomar el poder en China y en Grecia. En el caso de la guerra civil china, Stalin intentó convencer al líder comunista Mao Tsé tung para que llegara a un acuerdo con el Kuomintang, el partido cuyo triunfo anhelaba Estados Unidos. Tampoco obstaculizó el triunfo de la monarquía griega sostenida por Gran Bretaña.

Su principal preocupación en términos de control territorial fue asegurar las fronteras de las URSS tal como habían sido diseñadas en el pacto de 1939 con el gobierno de Hitler, A partir de las nuevas fronteras de la URSS Moscú volvió a sumar los territorios controlados por el imperio zarista antes de Versalles y aseguró su posición con la creación de un cordón de seguridad en su margen occidental.

Si bien la suerte de Polonia había dado lugar a tensiones en los encuentros entre Stalin, Churchill y Roosevelt, éstas no afectaron la alianza y el jefe comunista logró anexar a la URSS la franja oriental de Polonia y sujetar al nuevo gobierno polaco integrado por comunistas a las directivas del Kremlin. La ruptura de la alianza se consumó en torno al destino de Alemania. El plan de partición y el pago de reparaciones acordados en los encuentros de los Tres Grandes fueron rápidamente dejados de lado por los gobiernos occidentales. Desde mediados de 1946, Estados Unidos puso en marcha medidas para la reconstrucción alemana, para ello contó con la colaboración inglesa y más tardíamente con el aval de Francia, en gran parte debido a su necesidad de los créditos americanos.

Simultáneamente desde Moscú se decidió a crear el bloque soviético a través de la instauración en los países ocupados de gobiernos comunistas subordinados a las directivas del Kremlin. En la conferencia celebrada a finales de setiembre 1947 en Silesia se dispuso la creación de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (*Kominform*) a los fines de que los partidos comunistas de la zona bajo influencia soviética (Albania Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia,

Hungría, Bulgaria y Rumania) junto con los de Francia e Italia actuaran mancomunadamente de acuerdo con los objetivos de la Unión Soviética. En esa ocasión, el representante soviético Andrei Zhdanov reconoció la división del mundo en dos bloques y convocó a las fuerzas del “campo antifascista y democrático” a seguir el liderazgo de Moscú.

La toma del gobierno de Checoslovaquia por parte de los comunistas en febrero de 1948 que puso fin al gobierno de coalición y tuvo un fuerte impacto en el bloque occidental que vio en esta acción de los comunistas checos la confirmación del carácter totalitario y el afán expansionista del régimen soviético.

Las tres potencias occidentales profundizaron la recuperación de Alemania occidental mediante la unificación de las regiones que ocupaban militarmente y el reconocimiento de una creciente autonomía a las autoridades locales. Entre abril y junio de 1948 aprobaron los Acuerdos de Londres para iniciar un proceso constituyente en sus zonas de ocupación. Luego dieron un paso más, creando una nueva moneda, el Deutschemark, que circularía en sus zonas de ocupación. La nueva moneda, de mayor valor, obstaculizó de hecho el intercambio comercial entre las zonas del oeste y del este que era vital para esta última. Stalin denunció esta decisión unilateral y cerró las vías de comunicación entre Berlín y el exterior. Según la perspectiva soviética, la reforma monetaria “preparada secretamente” dio lugar a que “los viejos marcos alemanes desvalorizados fluyeran inmediatamente a Alemania Oriental, creando el peligro de causar enorme daño a la economía de esta zona. Ante ello las autoridades soviéticas tuvieron que adoptar medidas urgentes. Con el objeto de cerrar el paso a los especuladores se instauró el control de mercancías y viajeros procedentes de Alemania Occidental”.

La capital, enclavada en la zona soviética (el land de Brandeburgo), también había quedado dividida en cuatro sectores y las potencias occidentales no estaban dispuestas a abandonar esta posición estratégica.

Los norteamericanos, con una pequeña ayuda británica, organizaron un puente aéreo que durante once meses y mediante más de 275.000 vuelos consiguió abastecer a la población sitiada. Al mismo tiempo la Casa Blanca hacía saber al Kremlin que no dudaría en usar la fuerza para hacer respetar los corredores aéreos que unían Berlín con la Alemania occidental.

El bloqueo debilitó las resistencias que aún existían respecto a la política de Estados Unidos: la de los alemanes occidentales que no deseaban profundizar la separación respecto a la zona bajo control soviético; el temor de los franceses a la reconstrucción política y económica de Alemania y por último, las objeciones de sectores estadounidenses a involucrarse en la política europea. En mayo de 1949 se decretó oficialmente la fundación de la República Federal Alemana que abarcó todas las zonas ocupadas por las potencias occidentales, incluyendo Berlín Occidental, y en octubre de ese mismo año fue creada la República Democrática Alemana formada por los cinco estados ocupados por las tropas soviéticas. En este contexto, el 4 de Abril de 1949 fue aprobado el Tratado del Atlántico Norte, la contrapartida militar del Plan Marshall. En 1955 en réplica al rearme alemán y a la integración de la RFA en la OTAN, los países de las democracias populares firmaron el llamado Pacto de Varsovia.

La carrera armamentista dio paso a la constitución de un nuevo actor en cada uno de los bloques: el complejo industrial-militar interesado, en todos sus niveles, aún entre sus trabajadores, en mantener su poder indiscutido y la apropiación de una porción sustancial de los recursos de los países que lo sostenían. La idea del complejo industrial-militar se popularizó, en 1961, cuando el Presidente Eisenhower advirtió públicamente al pueblo y gobierno de los Estados Unidos sobre los peligros de las tendencias expansivas e influencias políticas de la poderosa coalición que giraba en torno al complejo militar-industrial estadounidense.

Bajo el gobierno de Truman fue promulgada el Acta de Seguridad Nacional que dio al gobierno federal el poder para movilizar y racionalizar la economía nacional con el apoyo de las fuerzas armadas frente a la eventualidad de una guerra. Por medio de esta ley se crearon el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), instituciones que jugarían un papel clave en la reorganización del aparato estatal norteamericano en el sentido de habilitar acciones políticas y militares secretas destinadas a posibilitar las intervenciones de Estados Unidos en el escenario mundial.

En 1949 dos hechos profundizaron la postura anticomunista de Washington. El primero de ellos fue la revolución china que dio paso a la alianza entre Moscú y Pekín. El segundo tuvo lugar el 14 de julio con la detonación de la primera bomba nuclear por parte de la URSS. Truman ordenó al Consejo de Seguridad Nacional realizar una reevaluación de la política estadounidense hacia los soviéticos. El resultado fue el documento NSC-68, que describía a la Unión Soviética como “una potencia intrínsecamente agresiva, estimulada por una fe mesiánica opuesta al estilo de vida norteamericano y cuya inextinguible sed de expansión había llevado al sometimiento de Europa Oriental y China y amenazaba con absorber al resto de la masa continental de Eurasia”. Este diagnóstico justificaba el desarrollo de la bomba termonuclear, la expansión de las fuerzas convencionales, la reasignación de recursos económicos para lograr un mayor desarrollo militar y el fortalecimiento de los lazos entre los miembros de la OTAN. La contención como la entendía Kennan ya no era una prioridad para Truman y sus asesores. La dirigencia estadounidense vinculó la seguridad nacional con intervenciones en el exterior que contribuyesen tanto a los intereses económicos de su país, como a la presencia de gobiernos definitivamente aliados.

Al concluir la guerra en Asia, Japón fue ocupado por los norteamericanos y Tailandia (Siam) por los británicos. Tokio debió abandonar sus conquistas en China, Corea y la isla de Formosa (Taiwán) al mismo tiempo que la isla de Sajalín y las Kuriles pasaron a manos de la URSS. La reubicación de los territorios llevó a que los siete millones de japoneses dispersos por el antiguo imperio retornasen al archipiélago nipón.

Los Estados Unidos habían logrado imponer su predominio indiscutido sobre Japón, pero vieron frustradas sus expectativas de que en China triunfase el Kuomintang. La firma, a principios de 1950, del tratado de alianza y ayuda mutua por treinta años entre China y la URSS fue percibida como una seria amenaza. El sudeste asiático y Asia oriental pasaron a ser uno de los principales escenarios de la Guerra Fría, al triunfo de Mao se le sumaba la

presencia de importantes grupos armados comunistas en Indochina y el hecho de que Corea hubiese quedado dividida. La guerra abierta se desencadenó en este país.

Conforme a lo establecido en Potsdam, Corea fue ocupada por los soviéticos al norte del paralelo 38° quienes apoyaron al autoritario régimen comunista encabezado por Kim Il Sung.

En el sur, los norteamericanos apoyaron la férrea dictadura de Syngman Rhee. A mediados de 1950, el ejército norcoreano avanzó hacia el sur. La reacción de Estados Unidos fue inmediata. Washington pidió la convocatoria del Consejo de Seguridad de la ONU que autorizó el envío de tropas para frenar la agresión norcoreana.

Las tropas multinacionales de la ONU, en la práctica el ejército norteamericano al mando del general Douglas MacArthur, recuperaron rápidamente el terreno perdido y el 19 de octubre tomaron Pyongyang, la capital de Corea del Norte. La República Popular de China había advertido que reaccionaría si las fuerzas de la ONU sobrepasaban el límite de la frontera en el río Amnok. Mao buscó la ayuda soviética: “Si nosotros permitimos que los Estados Unidos ocupen toda Corea debemos estar preparados para que los Estados Unidos declaren la guerra a China”. La asistencia soviética se limitó a proveer apoyo aéreo.

El asalto del Ejército Popular de Liberación Chino repelió a las tropas de la ONU hasta el paralelo 38. MacArthur propuso el bombardeo atómico, pero tanto el presidente como la mayoría del Congreso reaccionaron alarmados ante una acción que podía llevar al enfrentamiento nuclear con la URSS. El general fue destituido entre las protestas de la derecha republicana. El resto de la guerra sólo tuvo pequeños cambios de territorio y largas negociaciones de paz que concluyeron en julio de 1953 con la firma del Armisticio de Panmunjong que acordó una línea de demarcación similar a la existente. Se puso fin al conflicto armado, pero no llegó a concretarse un tratado de paz.

Frente a este panorama, Estados Unidos sintió la necesidad de revisar la situación de Japón. A través del Tratado de San Francisco aprobado en 1951, Tokio renunció a los territorios que de hecho ya había perdido en 1945 y volvió a sus fronteras de 1854. El hecho de que fuera eximido del pago de reparaciones de guerra, provocó un gran descontento en muchos países asiáticos. La India, China y la URSS se negaron a firmar el tratado que finalmente ratificaron 49 países. Japón pasó directamente del estatuto de vencido al de aliado de Estados Unidos.

La administración Truman extendió a Asia la política definida para Europa: aprobó el apoyo militar y económico a Chiang Kai-chek instalado en Taiwán y el decidido empuje al crecimiento económico de Japón. Estados Unidos se especializó en proporcionar protección y en imponer su poder militar, mientras los gobiernos del este asiático se concentraban en la recuperación de sus economías como valla frente al comunismo y como base de legitimación de los nuevos estados nacionales. La ocupación militar unilateral de Japón en 1945 y la división de la región como consecuencia de la Guerra de Corea en dos bloques antagónicos crearon, mediante tratados bilaterales de defensa, unos regímenes pro-americanos en Japón, Corea del Sur, Taiwán y Filipinas. Todos se convirtieron en estados semi-soberanos, profundamente penetrados por las estructuras militares estadounidenses (control operativo sobre las fuerzas

armadas surcoreanas, la Séptima Flota patrullando por los istmos de Taiwán, bases militares en sus territorios) e incapaces de una política exterior independiente o de tomar iniciativas en materia de defensa.

En este marco Estados Unidos envió una misión a Indochina a fin de evaluar la situación y brindar apoyo a Francia en guerra con las fuerzas locales que reclamaban la independencia. Esta estrategia respondía a la hipótesis de la existencia de un plan dirigido por Moscú con la participación de China para lograr la expansión mundial del comunismo.

De la coexistencia a la distensión (1953-1975)

La coexistencia significó cierta disposición hacia el diálogo por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, aunque en los primeros años el avance fue lento y hubo momentos de alta tensión. Esta etapa aparece asociada a las figuras del presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy y del primer ministro soviético Nikita Kruschev.

A partir de 1953, en parte debido al giro de la dirigencia soviética después de la muerte de Stalin, se avanzó hacia una situación internacional más distendida. El término "deshielo", título de una novela del ruso Ilya Ehrenburg ha sido utilizado para caracterizar la situación posterior a la desaparición del dirigente soviético.

Los principales signos del giro hacia la coexistencia fueron: la firma del armisticio entre las dos Coreas, los acuerdos de Ginebra en el caso de la guerra de Indochina en 1954, la reconciliación entre la Unión Soviética y Yugoslavia que culminó con la visita de Kruschev a Tito en 1955, y la firma del Tratado de Paz con Austria en 1955 que condujo a la evacuación de las tropas de ocupación. Sin embargo, la rivalidad subsistió en torno a la carrera espacial, la fabricación de armas cada vez más sofisticadas y la preservación del equilibrio de fuerzas militares, cuando en 1954 la República Federal de Alemania ingresó en la OTAN, la Unión Soviética respondió con la constitución del Pacto de Varsovia.

Profundamente preocupados por los peligros que amenazaban a la humanidad en virtud de esta carrera armamentista nuclear, un grupo de científicos difundió a través de la prensa en julio de 1955 un documento que sería conocido como el Manifiesto Russell-Eisenstein.

En sus respectivas áreas de influencia, ambas potencias no dudaron en usar la fuerza contra gobiernos o movimientos que cuestionaban sus objetivos. En el caso de Moscú, las intervenciones del ejército soviético afectaron a los países satélites de Europa: en 1953 para acallar las huelgas obreras en Berlín y en 1956 para reprimir el movimiento de protesta en Hungría. Washington por su parte, promovió golpes de estado para derrocar a gobernantes de países del Tercer Mundo acusados de comunistas por haber aprobado medidas de carácter nacionalista, por ejemplo al primer ministro iraní Mohamed Mossadegh en 1953 y al presidente de Guatemala Jacobo Arbenz en 1954.

El avance del deshielo estuvo cargado de ambigüedades y momentos de tensión. Desde mediados de los años cincuenta hasta comienzos de los sesenta hubo tres crisis cruciales: una

en Europa –la construcción del muro de Berlín en 1961– y dos en el Tercer Mundo –la guerra de Suez en 1956 y la instalación de misiles soviéticos en Cuba en 1962–.

En la madrugada del 12 al 13 de junio de 1961, los pasajeros de un tren con dirección a Berlín fueron desalojados en la estación de Wannsee por tropas de la RDA. El tren fue devuelto a su lugar de origen, y a los pasajeros se les devolvió el importe del billete. En otras estaciones alrededor del sector occidental de Berlín ocurría lo mismo. Una hora antes, la radio oficial del partido Comunista germano oriental había emitido un comunicado oficial con la propuesta de los gobiernos de los países del Pacto de Varsovia al gobierno de la RDA: hay que establecer un orden tal que obstruya el camino a las intrigas en contra de los países socialistas y que garantice una vigilancia segura en toda la zona de Berlín este.

Tropas de la RDA levantaron los adoquines de las calles e instalaron alambradas de un extremo al otro de la calzada, unos metros por detrás de los carteles que anunciaban la entrada a los sectores aliados. Había comenzado la construcción del Muro de Berlín, calificado por los soviéticos como valla de “protección antifascista”.

El muro no sólo se instaló sobre el asfalto de la ciudad. Varias líneas de metro que cruzaban de una a otra parte de la ciudad fueron clausuradas.

La partición de Berlín había convertido al sector occidental en zona de avanzada del mundo capitalista en medio de la República Democrática Alemana y el *milagro* económico de la República Federal provocó desplazamientos de los alemanes orientales. Para impedir la emigración, en agosto de 1961 se inició la construcción de una empalizada de cemento de 5 metros de alto que se extendió a lo largo de 120 kilómetros, coronada con alambre de púas y vigilada desde torretas. El muro obstaculizó, pero no impidió, los intentos de los alemanes del este de llegar a Berlín occidental. Muchos murieron antes de cruzarlo.

La guerra de Suez, una acción militar coordinada entre Gran Bretaña, Francia e Israel contra el gobierno de Gamal Abdel Nasser por haber nacionalizado el canal, fue decididamente desautorizada por Estados Unidos y la Unión Soviética y confirmó el declive de las potencias europeas al mismo tiempo que favoreció la influencia soviética en algunos países de Medio Oriente.

La instalación de misiles soviéticos en Cuba marcó el punto más alto de fricción entre las dos superpotencias. Con el triunfo de las fuerzas guerrilleras encabezadas por Fidel Castro en 1959, Cuba giró rápidamente hacia la órbita soviética. En un primer momento, el líder cubano fue más un nacionalista radical que un marxista. Sin embargo, la oposición estadounidense al programa de reformas encarado por su gobierno, lo impulsó a buscar la ayuda soviética. Estados Unidos rompió relaciones con Cuba, le declaró el bloqueo económico y apoyó la operación de desembarco en Bahía de Cochinos organizada por emigrados anticastristas en abril de 1961. Cuando en octubre de 1962, aviones espías norteamericanos U2 detectaron la construcción de rampas de misiles y la presencia de tropas soviéticas. Kennedy ordenó el bloqueo de la isla desplegando unidades navales y aviones de combate en torno a sus costas. A lo largo de las negociaciones secretas, Kruschchev dispuso el retiro de los misiles y los Estados Unidos se comprometieron a no invadir la isla y a retirar los envejecidos misiles que tenían

apostados en Turquía. La tensión vivida condujo al reconocimiento de la importancia del diálogo directo –el teléfono rojo– entre la Casa Blanca y el Kremlin.

El término distensión fue acuñado para distinguir al período en el que Moscú y Washington se mostraron dispuestos a colaborar en cuestiones de defensa y seguridad internacional. El diálogo que alcanzó sus mejores resultados entre 1968 y 1973 se centró básicamente en el tema del control de los armamentos nucleares. Con la firma del Tratado de Moscú en agosto de 1963, las dos superpotencias se comprometieron a prohibir las pruebas nucleares atmosféricas. Ni China ni Francia lo suscribieron porque estaban interesadas en contar con su propia energía nuclear. En 1968, las dos superpotencias y otros 95 países –China, Francia e India no lo suscribieron– firmaron el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares que prohibía la fabricación y la compra de armas atómicas por países que carecieran de ellas y proponía un control internacional sobre la carrera armamentista y el uso de energía nuclear. En 1969 se iniciaron las negociaciones para la limitación de las armas estratégicas, serie de tratados englobados bajo la sigla SALT (Strategic Arms Limitation Talks), que condujeron a la firma en Moscú del Acuerdo SALT I. Este documento prohibió la instalación de sistemas de defensa antimisiles por considerar que la mejor garantía para mantener la paz era que ninguna de las superpotencias se sintiera segura. La destrucción mutua asegurada –MAD, la sigla en inglés de Mutual Assured Destruction, remite a la palabra “loco” en dicho idioma– era la mejor forma de impedir el conflicto armado.

El Acta Final de Helsinki, en 1975, fue el punto culminante de la distensión. Los países firmantes reconocieron las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial, y además se reforzó la cooperación económica entre ambos bloques y todos los gobiernos se comprometieron a respetar los derechos humanos y las libertades de expresión y circulación de sus habitantes.

En el marco de la distensión, el bloque comunista profundizó sus vinculaciones con el mercado mundial. La URSS necesitaba importar tecnología occidental y comprar cereales norteamericanos para garantizar la alimentación de su población. Cuando el aumento de los precios del petróleo, a partir de 1973, dio curso a grandes masas de capital buscando dónde invertir, los países de Europa del este, especialmente Polonia y Hungría, tomaron créditos baratos que incrementaron peligrosamente el nivel de su deuda externa.

Mientras las superpotencias se embarcaban, con oscilaciones, en la vía del diálogo, las tensiones en el seno de cada bloque se hicieron cada vez más evidentes.

La posición dominante de la Unión Soviética fue cuestionada en los países satélites europeos y China criticó abiertamente las directivas de Moscú. Tras la muerte de Stalin hubo protestas obreras en Berlín y Praga que fueron rápidamente controladas. Las insurrecciones de 1956, en Polonia y Hungría, fueron más extendidas y condujeron a la intervención de Moscú, más velada en el primer caso y con envío de tropas en el segundo. El ingreso de los tanques soviéticos en Budapest en noviembre de 1956 resquebrajó la unidad del campo comunista al quebrantar la fe de sus militantes. Doce años después, Checoslovaquia también sufriría la invasión dispuesta por los miembros del Pacto de Varsovia.

En el marco de la *desestalinización* y el avance de la distensión entre las superpotencias, China fue tomando distancia de la URSS hasta llegar a identificarla como el enemigo principal. Las críticas de Pekín a Moscú se plantearon básicamente en términos ideológicos: la coexistencia pacífica era una mera expresión del chovinismo ruso que de ese modo abandonaba la revolución mundial emergente en las luchas del Tercer Mundo. No obstante, en el distanciamiento de Mao pesó tanto la rivalidad entre los dos Estados nacionales comunistas –China no estaba dispuesta a ser un país de segundo orden sin energía nuclear– como el hecho de que el revisionismo de Krushev favorecía la postura más moderada y economicista de los dirigentes comunistas chinos que cuestionaban el voluntarismo y el extremismo político de Mao. En 1960, el gobierno soviético suspendió la ayuda económica y retiró sus expertos de Pekín. Albania abandonó el bloque soviético para aliarse con China en 1962.

También Washington descubrió que parte de sus aliados europeos estaban dispuestos a seguir caminos propios. El presidente De Gaulle antepuso los intereses de Francia a las consideraciones ideológicas de la Guerra Fría y a los dictados de Washington. Rechazó que su país careciera de fuerza nuclear propia y retiró las tropas francesas de la OTAN. Ante la creciente debilidad del dólar, el gobierno francés convirtió en oro sus reservas en esa moneda, agravando su desvalorización. De Gaulle, además, buscó el diálogo directo con los gobiernos comunistas –reconoció a la China de Mao en 1964 y visitó la URSS en junio de 1966– y apoyó la unidad europea para avanzar hacia una Europa independiente de los Estados Unidos, pero advirtiendo que la potestad de los Estados nacionales no debía padecer los recortes de los organismos supranacionales. También Alemania, a partir del gobierno socialdemócrata de Willy Brandt, avanzó hacia la apertura al Este (*Ostpolitik*). En 1970 los dirigentes de las dos Alemanias se encontraron por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, hecho que propició importantes lazos económicos y permitió el reconocimiento de la República Democrática Alemana por numerosos países occidentales. El acercamiento de Bonn a Polonia condujo al reconocimiento de la línea Oder-Neisse, que hasta entonces los alemanes occidentales no habían aceptado, como frontera entre ambos países.

En el marco de la distensión entre las dos superpotencias, el Tercer Mundo, un nuevo actor del escenario mundial que emergió a partir de la descolonización, sufrió cada vez más intensamente el impacto de la rivalidad entre Washington y Moscú. Muchos conflictos internos e internacionales preexistentes en los nuevos países quedaron atados al enfrentamiento entre los dos bloques cuando las superpotencias consideraron que intervenir era conveniente para potenciar sus respectivos intereses estratégicos y/o cuando actores endógenos apelaron a la ayuda de alguno de los bloques en competencia. De ese modo, numerosos conflictos internos pasaron a ser sangrientos escenarios de la Guerra Fría.

En el marco de la desestalinización, Krushev dio un giro respecto a la política de Stalin en el Tercer Mundo. En el marco de la creación de los nuevos Estados nacionales, el estalinismo privilegió apoyar a los débiles grupos comunistas, al mismo tiempo que denostó a los líderes nacionalistas como traidores y agentes del imperialismo. Krushev en cambio, buscó acercarse a los gobiernos nacionalistas que se mostraban dispuestos a recibir la ayuda de la URSS para

lograr el crecimiento económico y evitar una desmedida dependencia de las potencias occidentales. Esta orientación obtuvo sus mayores logros entre 1956 y fines de la década de los sesenta.

Por otra parte Estados Unidos no dudó en promover golpes de estado a través de la CIA para derrocar a los gobiernos que pretendían llevar a cabo políticas nacionalistas, bajo el lema de que eran una avanzada del comunismo y vulneraban la democracia occidental. En el caso de América Latina, a partir de los años sesenta, en gran medida debido al impacto de la revolución cubana, al peligro comunista como causa de los obstáculos para afianzar la democracia se añadió la pobreza. En consecuencia, la administración Kennedy combinó los programas ampliados de contrainsurgencia con la Alianza para el Progreso para favorecer la modernización. Sin embargo los fondos girados fueron muy inferiores a los prometidos, la Alianza estuvo muy lejos de reproducir el plan Marshall y, a pesar de esta ampliación del horizonte, siguió primando la concepción maniquea que consideraba los reclamos sociales como parte de la conspiración comunista.

En el marco de la distensión, los más impactantes cuestionamientos a la hegemonía de Estados Unidos se produjeron en el Tercer Mundo: el giro al socialismo de la revolución cubana y la guerra de Vietnam.

La resistencia vietnamita a la ocupación japonesa en el norte del país hizo posible que en 1945, Ho Chi Minh proclamase la independencia y la creación de la República Democrática del Vietnam, no obstante las fuerzas francesas ocuparon el sur y pretendieron recuperar Indochina. Los intentos de acuerdos fracasaron y en 1946 Francia invadió Vietnam lo que desató una nueva guerra muy sangrienta que duraría cerca de nueve años.

En los Acuerdos de Ginebra firmados en 1954 con el aval de las principales potencias, Ho Chi Minh fue reconocido como presidente de la República Democrática de Vietnam. No obstante, el país quedó dividido por el paralelo 17°: al norte con un régimen comunista y al sur bajo el mandato del emperador Bao Dai. En dos años se convocarían elecciones para decidir la posible reunificación. Los comicios no llegaron a concretarse porque el gobierno del presidente Ngo Dinh Diem (en 1955 desplazó al emperador e instauró una república), con el apoyo de los Estados Unidos, denunció los Acuerdos de Ginebra en virtud de que habían sido aceptados por un mando militar extranjero (francés) “con menosprecio de los intereses nacionales vietnamitas” y pretendió convertir la división del Vietnam en un hecho definitivo.

El número de vietnamitas que se desplazaron en uno u otro sentido ha sido diversamente valorado por los dos bandos, según sus intereses. El Norte, políticamente consolidado, quedó económicamente desequilibrado por el bloqueo impuesto por el gobierno del sur, región en la que se realizaba la gran producción agrícola, particularmente la de arroz. El gobierno del sur, con mejores perspectivas económicas, quedó signado por severas crisis políticas internas y no pudo dominar las provincias del suroeste de la ex Cochinchina ni las del sur del ex Annam, en las cuales siempre había sido fuerte el movimiento de liberación nacional.

La sangrienta dictadura que instauró Diem incluyó la represión anticomunista junto con la de todos los sectores políticos y religiosos que no le fueran adictos. El gobierno de la familia Ngo

fue una combinación de sectarismo, furor anticomunista, nepotismo y corrupción. En diciembre de 1960, la oposición se consolidó con la creación del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur. Al año siguiente, el presidente Kennedy decidió enviar consejeros militares y profundizar la ayuda económica. ¿Por qué los EE.UU se involucraron tan decididamente en esta trágica experiencia y con tan pobre evaluación de sus trágicos alcances? Desde el discurso de sus dirigentes se subrayaron dos objetivos: impedir el avance del comunismo y preservar la democracia. En nombre de la defensa de la democracia, Estados Unidos encabezó la más bárbara de las guerras contra un pequeño país recién independizado.

La brutal represión de los budistas en 1963 dio paso a grandes movilizaciones en pos de la caída de Diem, fanáticamente católico. Las inmolaciones de varios monjes budistas tuvieron una gran repercusión internacional y Washington decidió retirar su apoyo al presidente vietnamita. Según Kennedy: no era posible ganar la guerra “a menos que el pueblo de su apoyo al esfuerzo y, en mi opinión, en los últimos dos meses, el gobierno ha perdido contacto con el pueblo”. A través de la intervención de la CIA y las gestiones del embajador norteamericano en Saigón, se alentó el golpe de los militares vietnamitas que derrocaron a Diem, asesinado luego de su captura en una iglesia católica, a principios de noviembre de 1963.

El 22 del mismo mes fue asesinado Kennedy en Texas; e inmediatamente su sucesor Lyndon B. Johnson anunció que su gobierno seguiría ayudando en Vietnam a derrotar al comunismo y confirmó en su cargo al Secretario de Defensa Robert McNamara, asesor clave a lo largo de su gestión.

La situación política en Vietnam del sur fue cada vez más caótica: dos golpes de Estado y cuatro cambios de gobierno en 1964. No obstante, el presidente Johnson, el secretario McNamara y el propio Congreso estadounidense mantuvieron su compromiso con la ayuda económica y el envío de asesores militares. Ese año, después del controvertido ataque a dos destructores norteamericanos en el golfo de Tonkín por parte de lanchas torpederas norvietnamitas, fue aprobada la Resolución del Golfo de Tonkin que autorizó al presidente Johnson, sin una declaración formal de guerra por el Congreso, a trasladar fuerzas militares al sudeste de Asia.

En 1965 se puso en marcha la abierta agresión a Vietnam del Norte. El bombardeo constante de todo el país, sin discriminación de la naturaleza de los blancos –ciudades, aldeas, fábricas, escuelas, hospitales, iglesias, caminos, plantaciones– se llevó a cabo con una densidad trágica y desproporcionada. A principios de 1966 el Departamento de Estado Norteamericano informó que “se utilizaron procedimientos de defoliación y destrucción de cultivos en una zona de 8.000 Ha. sembradas, en Vietnam del Sur, a fin de privar de recursos alimenticios al Vietcong. Esa cifra no incluye las zonas defoliadas con herbicidas a fin de privar de protección a las fuerzas insurgentes”. Simultáneamente, el Congreso concedió poderes especiales al presidente hasta el 30 de junio de 1968, para enrolar a dos millones de reservistas sin necesitar proclamar el estado de emergencia nacional. Según el arzobispo de Nueva York, monseñor Francis Spellman: “Toda solución que no sea la victoria es inconcebible

[...]. Esta guerra la hacemos, según pienso, para defender la civilización; Norteamérica es el buen samaritano de todas las naciones”.

Sin embargo, desde 1966, la opinión pública mundial y sectores cada vez más amplios de la sociedad norteamericana manifestaron en forma importante la indignación frente a lo que está ocurriendo en el sudeste asiático. El secretario de las Naciones Unidas, U Thant, declaró el 21 de junio de 1966 que el conflicto de Vietnam “es una de las guerras más bárbaras de la historia”. En abril de 1967, Luther King daba un sermón a favor del cese de los bombardeos. Pocos días después, el campeón mundial de box de peso máximo, Cassius Clay, rehusó incorporarse al ejército (por lo cual perdió su título de campeón y fue encarcelado) y declaró que: “En ninguna circunstancia llevaré el uniforme del ejército ni viajaré 16.000 km para ir a asesinar, matar, y quemar pobres gentes, únicamente para contribuir a mantener el dominio de la esclavitud de los amos blancos sobre los pueblos de color”. En mayo de 1967, el Tribunal Russell, convocado por Bertrand Russell acompañado destacados intelectuales de todo el mundo, condenó a los Estados Unidos por los mismos crímenes de guerra por los cuales éstos declararon culpables a los nazis en el juicio de Nüremberg.

Si bien la supremacía en armas de Washington era innegable, su ejército no podía impedir la infiltración comunista del norte ni tampoco neutralizar la resistencia del Frente Nacional de Liberación. El momento más difícil para los estadounidenses fue la llamada ofensiva del Tet, nombre que recibe el año nuevo lunar vietnamita. La operación militar, llevada a cabo por el Vietcong y el Ejército de Vietnam del Norte, se inició el 21 de enero de 1968 con el asedio de la base aérea de Khe Sanh ocupada por los marines. Durante los combates más de un millar de soldados estadounidenses perdió la vida. La situación podría resumirse en una máxima de la estrategia militar: “un ejército regular pierde cuando no gana; una guerrilla gana mientras no pierde”. Johnson se avino entonces a explorar la vía de la negociación.

El 10 de mayo de 1968 se inician en París las conversaciones de paz entre delegaciones norteamericanas y norvietnamitas, estas últimas reclamaron la participación de representantes del Frente de Liberación Nacional del Sur Vietnam las que se sumaron a principios del año siguiente. La representación del FLN presentó el Plan de Paz de Diez Puntos que incluía la exigencia del retiro incondicional de las tropas norteamericanas.

El gobierno republicano encabezado por Richard Nixon, sucesor de Johnson, ordenó el regreso de la mayor parte de los soldados estadounidenses, la llamada *vietnamización* del conflicto, pero al mismo tiempo intensificó los ataques aéreos contra Vietnam del Norte y encaró la destrucción del denominado Sendero Ho Chi Minh –la ruta de suministro de los comunistas– con lo cual extendió la guerra hacia Laos y Camboya.

Los bombardeos masivos, el uso de agentes químicos y las acciones de extrema crueldad ampliamente difundidas por los medios de comunicación socavaron la imagen de Estados Unidos como país consubstanciado con los valores democráticos, uno de los pilares en que se asentaba su hegemonía. Al cabo de una compleja fase de negociaciones, durante la cual no cesaron los enfrentamientos militares, en enero de 1973 las delegaciones de Estados Unidos, Vietnam del Sur, Vietnam del Norte y del Gobierno Revolucionario Provisional (instalado en una

porción de Vietnam del Sur por el FNL) aprobaron el cese del fuego y la retirada estadounidense de Vietnam del Sur. En marzo siguiente, los acuerdos se complementaron con otro que preveía la unificación de los dos territorios. Tras la retirada de las tropas estadounidenses, la guerra continuó por dos años más, hasta abril de 1975 cuando se consumó la victoria total del FNL con la toma de Saigón y la unión entre el Norte y el Sur, proclamándose la República Socialista de Vietnam en abril de 1976.

Después de abandonar Vietnam, el Congreso de Estados Unidos aprobó la War Powers Act, que limitó los poderes presidenciales a la hora de poner en marcha una intervención militar o una guerra: un presidente no podía enviar tropas fuera del país durante más de sesenta días sin consultar al Congreso y contar con su autorización.

Con el retiro de las tropas norteamericanas también se instalaron regímenes comunistas en Laos y Camboya. No obstante, las rivalidades entre los países comunistas abrieron nuevas posibilidades a la superpotencia capitalista en Asia. En el marco de la ruptura sino-soviética, la política de Washington hacia China dio un giro rotundo. Hasta ese momento los Estados Unidos habían ubicado al régimen de Mao como un aliado incondicional de la URSS, encargado de promover el avance del comunismo en Asia. A fines de los años sesenta, el presidente republicano Nixon y su asistente especial para asuntos exteriores Henry Kissinger vieron la posibilidad de desplegar una diplomacia triangular (Washington-Moscú-Pekín). Según sus promotores, la instrumentación de negociaciones por separado con soviéticos y chinos daría mayor margen de acción a Estados Unidos y reforzaría su posición en las negociaciones de paz con Vietnam. El gobierno chino que ya había roto con la URSS, a fines de los años sesenta propició decididamente el acercamiento a Estados Unidos que le posibilitaría salir de su aislamiento. Kissinger visitó China en 1971, meses después Pekín ingresó en el Consejo de Seguridad de la ONU. El acercamiento culminó con el viaje de Nixon a Pekín en febrero de 1972 y el reconocimiento de la República Popular China en 1979.

La Segunda Guerra Fría (1975/1979-1985)

Desde mediados de los años '70, el clima de distensión entre las superpotencias se enrareció debido al incremento de la tensión entre ambas, derivado de las políticas desplegadas por sus dirigentes, a los debates sobre el despliegue de nuevos misiles en Europa occidental y, especialmente, a la serie de rebeliones que recorrió el Tercer Mundo. Estos enfrentamientos con raíces históricas propias fueron interpretados en clave de la lógica bipolar y se convirtieron en guerras signadas por los intereses de las dos potencias.

Los principales conflictos tuvieron lugar en el Cuerno de África a partir del derrocamiento de la monarquía dictatorial en Etiopía; en el sur de África debido a la liberación de las colonias portuguesas; y en el área musulmana de Asia central donde se conjugaron la exitosa revolución del ayatollah Ruholláh Jomeini en Irán y la invasión de Afganistán por la URSS.

También en Centroamérica, una región que los Estados Unidos siempre habían considerado bajo su influencia, una serie de procesos quebrantaron esa convicción: la creciente fuerza del movimiento guerrillero en El Salvador y Guatemala; la presencia de Omar Torrijos en Panamá, y el triunfo de la revolución sandinista en 1979. Después de la caída la dictadura de Somoza en Nicaragua y la instauración de un gobierno de corte revolucionario apoyado por Moscú y La Habana, Ronald Reagan, candidato a la presidencia de Estados Unidos, preguntaba en la campaña electoral: “¿Debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador, todos se transformen en nuevas Cubas?”.

La oleada de revoluciones cuestionó el orden vigente en varios países, pero sin incluir un extendido giro revolucionario hacia el comunismo. Los movimientos en lucha expresaron ya sea el rechazo a regímenes dictatoriales, por ejemplo los grupos guerrilleros en América Central, o bien el afán de liquidar la dominación colonial aún vigente, el caso del imperio portugués en África.

Mientras la inestabilidad política y la lucha armada atravesaban el Tercer Mundo, los principales centros capitalistas dejaban atrás su período de crecimiento sostenido para ingresar en una etapa signada por el estancamiento y las bruscas fluctuaciones del ciclo económico. Los principales índices mostraban además, que Estados Unidos ya no era la potencia hegemónica indiscutida. Al mismo tiempo Moscú se estaba quedando aceleradamente atrás de las potencias capitalistas: si bien era capaz de producir enormes cantidades de acero, carecía de las condiciones necesarias para avanzar en el desarrollo de la informática. La economía central planificada rígida y burocrática era un obstáculo cada vez mayor para la promoción del desarrollo científico y tecnológico.

El pasaje de la distensión hacia la Segunda Guerra Fría fue resultado principalmente de los diagnósticos y las líneas de acción asumidas por las dirigencias de cada superpotencia frente a estos desafíos. En Moscú, sobre la base del creciente ingreso de divisas procedentes de la venta de petróleo, se apostó a a ganar protagonismo en el escenario internacional mediante la ampliación de su esfera de influencia. Las ambiciones desmesuradas de la gerontocracia soviética encabezada por Leonid Brezhnev condujeron a la intervención en áreas en las que hasta entonces se había mantenido al margen, el caso de África, y a involucrarse en un esfuerzo militar que excedía las posibilidades de una economía cada vez menos eficiente. En Washington, los neoconservadores que ganaron posiciones en el gobierno del republicano Reagan apostaron a la superación del síndrome de Vietnam y recuperación de la hegemonía de Estados Unidos mediante la creación de un potente y sofisticado complejo militar vía los aportes de la ciencia y la tecnología, y con la convicción que a su país le cabía la sagrada misión de defender e imponer la democracia y la libertad en todo el mundo contra el enemigo comunista.

El gobierno estadounidense eludió el envío de sus fuerzas militares como lo hiciera en Vietnam, y optó por la guerra mediante agentes interpuestos –por ejemplo, el financiamiento de los contras en Nicaragua³ o el de los muyahidin en Afganistán– o bien por ataques de carácter

³ La administración Reagan, con el argumento de que el nuevo gobierno sandinista de Nicaragua se proponía exportar la revolución marxista a toda América Central, se involucró decididamente en acciones destinadas a derribarlo. A fines de 1981, Washington autorizó a la CIA a invertir una alta suma de dólares para crear la Contra, una fuerza

simbólico como la invasión a Granada en 1983 en los que su maquinaria bélica de alta tecnología le garantizaba una ventaja absoluta. El proyecto neoconservador incluyó una escalada en la carrera de armamentos con la Unión Soviética que iba mucho más allá de lo que ésta podía afrontar. El 23 de marzo de 1983, Reagan anunció a millones de televidentes su proyecto de militarización espacial, destinado a cambiar el curso de la historia de la humanidad. La Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida como la guerra de las galaxias, consistía en un paraguas defensivo de armas espaciales que destruirían los misiles intercontinentales soviéticos antes que de tocaran suelo norteamericano. Para sus diseñadores, el principio de “destrucción mutua asegurada” sería reemplazado por el de “supervivencia mutua asegurada”.

Uno de los giros más novedosos en las relaciones entre las dos superpotencias se produjo en África, continente que había quedado al margen de la reconocida esfera de influencia soviética. El avance de Moscú se apoyó básicamente en tres conflictos: la crisis en el Cuerno de África; la descolonización del África portuguesa y, estrechamente vinculada con este proceso, la guerra de liberación sostenida por las mayorías negras contra el dominio blanco en el África meridional.

Etiopía, uno de los países más pobres del mundo, ingresó en la órbita de los intereses soviéticos a partir de la destitución en 1974 del emperador Haile Selassie por militares que anunciaron la instauración de un régimen marxista. La ayuda de Moscú al nuevo gobierno militar tuvo un fuerte impacto sobre la región: Somalia perdió el respaldo soviético y el gobierno etíope rechazó con las armas tanto las demandas de independencia de Eritrea como los reclamos de Somalia sobre la región de Ogaden.

Desde los años cincuenta, en el imperio portugués se venían desarrollando movimientos guerrilleros que en algunos casos –el Frente de Liberación de Mozambique, el Movimiento Popular de Liberación de Angola y el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde– recibían ayuda militar de Moscú. La caída de la dictadura en Portugal con la Revolución de los Claveles, ocurrida en 1974, aceleró el proceso de independencia y los grupos apoyados

paramilitar de opositores que se componía básicamente de antiguos miembros de la guardia nacional de la dictadura de Somoza derrocada por los sandinistas. A mediados de los 80, la Contra había establecido un campo de entrenamiento cerca de la frontera nicaragüense. Originalmente encargada de bloquear el flujo de armas desde Nicaragua a los insurgentes salvadoreños de izquierda, la Contra pronto comenzó a llevar a cabo actos de sabotaje al otro lado de la frontera de Nicaragua. Pero al año siguiente, la Cámara de Representantes, por iniciativa de los demócratas, aprobó una enmienda que limitaba la ayuda a esta organización.

Para salvar esta restricción, miembros del Consejo de Seguridad Nacional, organismo asesor de la Casa Blanca, montó una operación para obtener financiación secreta de fuentes privadas norteamericanas.

En 1985, varios de estos funcionarios se involucraron en un plan para vender secretamente misiles a Irán, a cambio de la liberación de los siete americanos retenidos por musulmanes pro iraníes en Líbano. Israel actuó en principio como intermediario de los envíos de armas. Parte de los beneficios de la venta fueron desviados a la Contra nicaragüense. Aunque este plan violaba el Acta de Control de Exportación de Armas, un embargo armamentístico contra Irán, y la política estadounidense de no tratar con gobiernos que apoyasen el terrorismo internacional, Reagan dio su autorización para que se procediera a la venta de las armas.

En octubre de 1986, un comando sandinista derribó un avión de carga sobre la selva nicaragüense. Un pasajero americano que se tiró en paracaídas y cayó en manos de los sandinistas reveló que el avión formaba parte de una operación de suministro de armas a la Contra dirigida por EE.UU., lo que violaba lo dispuesto por el Congreso. El presidente dijo públicamente que su gobierno no tenía conexión con el avión derribado, Un comité del Congreso y una comisión presidencial pusieron en marcha investigaciones y varios funcionarios fueron acusados de distintos delitos, pero casi ninguno cumplió las penas impuestas por la justicia en virtud del perdón concedido por el presidente George Bush (padre) en 1992. Al hacerse cargo de la presidencia en 2001, George Bush (hijo) eligió a varios veteranos del escándalo Irán-Contra para ocupar importantes puestos.

por los soviéticos tomaron el poder. El cinturón de seguridad en torno a Sudáfrica perdió su invulnerabilidad. Las fuerzas anticomunistas buscaron ayuda en los Estados Unidos y en el régimen racista sudafricano, que apoyaron a la Unita en Angola y a grupos de la oposición en Mozambique. La lucha armada siguió asolando ambos países: persistió hasta principios de los años '90 en Mozambique y hasta 2002 en Angola.

En 1979 dos países musulmanes del suroeste de Asia, Irán y Afganistán, fueron sacudidos por cambios drásticos derivados de crisis internas que se combinaron explosivamente con la existencia de un mundo bipolar y con las profundas rivalidades y tensiones presentes en el mundo musulmán. La revolución iraní que derribó la monarquía en febrero y la intervención armada de los soviéticos en Afganistán en diciembre, no solo agravaron el clima de Guerra Fría, sino que tuvieron un fuerte impacto en el mundo musulmán y consecuencias de largo plazo en el campo de las relaciones internacionales.

En el caso de Irán, uno de los principales productores de petróleo, la caída del sha Reza Pahlevi –firme aliado de Estados Unidos– dio paso a la instauración de una República Islámica. Bajo la conducción del líder religioso chiíta Jomeini, el régimen declaró enemigos tanto a Occidente como al comunismo. La revolución iraní impuso la estrecha asociación entre política y religión para enfrentar a los poderes impíos extranjeros y a los gobiernos musulmanes conservadores, especialmente el de Arabia Saudita.

La presencia del régimen chiíta desestabilizó la región y significó un fuerte cuestionamiento al predominio de Estados Unidos. A fines de 1979, en el marco de enfrentamientos internos, el sector más radicalizado de la coalición revolucionaria iraní ocupó la embajada estadounidense en Teherán y tomó como rehenes a todos sus ocupantes sin que el gobierno estadounidense pudiese hacer nada.

El nuevo régimen iraní no tuvo la expansión temida por los regímenes islámicos conservadores, especialmente Arabia Saudita. Su carácter chiíta y el hecho de haberse gestado en el único país musulmán no árabe del Medio Oriente le restaron posibilidades para ejercer su influencia sobre el resto de los países islámicos de esta región.

La invasión de la Unión Soviética a Afganistán posibilitó que las tensiones y rivalidades entre países y grupos musulmanes evidentes a partir de la revolución iraní se combinaran explosivamente con el recrudecimiento de la Guerra Fría. Frente a las luchas entre diversas facciones comunistas afganas, enfrentadas a su vez con guerrillas islámicas, Moscú buscó imponer un gobierno que garantizase el orden y mantuviera al país en la esfera de influencia soviética. En el Kremlin se temía que la revolución iraní contagiara a Afganistán e incluso que pudiera influir sobre la población soviética del Asia Central mayoritariamente musulmana. La reacción occidental fue inmediata. Alegando que la ocupación llevaba la influencia soviética más allá de su espacio tradicional, EEUU y sus aliados organizaron inmediatamente la contraofensiva. La ONU y los No Alineados condenaron la invasión soviética. La Casa Blanca, además del embargo comercial, apoyó a la guerrilla islámica que combatía contra las tropas soviéticas. Los muyahidin afganos fueron entrenados en bases paquistaníes como fruto de la cooperación entre la CIA, el servicio secreto paquistaní (ISI) y Arabia Saudita. En esa época, el

miembro de una poderosa familia saudita vinculada con la monarquía, Osama Bin Laden, coordinaba el reclutamiento de voluntarios islámicos para luchar en Afganistán.

La acción armada contra los “impíos” que habían invadido el territorio del Islam se presentaba para un sector de los gobiernos musulmanes como una vía radicalizada capaz de competir con el llamado a la revolución desde Irán. Con este objetivo, Arabia Saudita y las monarquías del Golfo llegaron a acuerdos con unos aliados poco previsibles: los muyahidín afganos y los partidarios de la yihad armada. Mientras la lucha contra los soviéticos fue el objetivo central, los yihadistas fueron funcionales a los intereses de Estados Unidos y Arabia Saudita. Sin embargo, la yihad en Afganistán desarrolló su propia lógica y en la década de los noventa enfrentaría a los dos países que habían financiado su desarrollo.

Película Uno, Dos, Tres
(One, Two, Three)

Ficha técnica	
Dirección	Billy Wilder
Duración	115 minutos
Origen / año	Estados Unidos, 1961
Guión	Billy Wilder, sobre la obra de Ferenc Molnár
Fotografía	Daniel Fapp
Montaje	Daniel Mandel
Música original	André Previn
Producción	Billy Wilder, I.A.L. Diamond y Doane Harrison
Intérpretes	James Cagney (C.R. MacNamara), Horst Buchholz (Otto Ludwig Piffel), Pamela Tiffin (Scarlett Hazeltine), Arlene Francis (Phyllis MacNamara), Lilo Pulver (Fräulein Ingeborg), Hanns Lothar (Schlemmer), Howard St John (Wendell Hazeltine), Leon Askin (Peripetchikoff), Ralf Wolter (Borodenko), Kart Lieffen (Fritz) y Peter Capell (Mishkin)

Sinopsis

C.R. McNamara, gerente de la Coca Cola en Berlín, espera ser promovido al cargo de máximo director de la Compañía para Europa, lo que lo llevaría a Londres a prolongar su vida holgada de ejecutivo plena de beneficios y privilegios. Con el fin de dar el salto, concibe el plan de vender la célebre gaseosa en el mundo comunista, para lo cual se pone en contacto con tres delegados del gobierno de Moscú que visitan Alemania Oriental. McNamara sabe que

cerrando el negocio va a quedar en la historia de la empresa y sus superiores sólo podrán ascenderlo. Dos problemas se le plantean de pronto a su ambiciosa idea: los rusos acaban de decidir el fin del libre paso entre las dos Alemanias, de esta manera se limita el tránsito de personas entre uno y otro lado de la monumental puerta de Brandeburgo y las posibilidades de extender el comercio al otro sector quedan aún más reducidas. Mientras McNamara negocia con los rusos, el Director General de Coca Cola lo llama desde la sede central en Atlanta, para anunciarle que su hija está paseando por Europa y que visitará pronto Berlín; la misión de McNamara y familia es recibirla, alojarla y mostrarle la ciudad. De paso, el jefe desautoriza el negocio con los rusos. La llegada de la joven Scarlett, una muchacha de sólo 17 años difícil de cuidar en todo sentido, pone en marcha una serie de enredos que hacen que el mundo capitalista, representado por McNamara y la Coca Cola, y el mundo comunista, del que proviene el joven con quien inusualmente la muchacha se casa y de quien queda embarazada, queden reunidos de la manera más estafalaria. Detrás del embrollo de comedia y de las maniobras que practica McNamara para evitar el desastre, están los alemanes que ocultan apenas su inconfesable pertenencia al pasado nazi y los comisarios rusos que ansían quedarse con la despampanante secretaria de McNamara.

Acerca del interés histórico del film

Más de medio siglo después de su realización, *Uno, dos, tres* mantiene intactos su brillo, su gracia y su frescura. Pensándolo bien, parece mentira que la película haya sido hecha en 1961, cuando la guerra fría estaba a punto de alcanzar su momento más dramático alrededor de la crisis de los misiles instalados por la Unión Soviética en Cuba –de paso, la película desliza graciosos apuntes sobre este asunto, aun antes de que sucediera–.

¿Por qué el film parece tan actual? En principio, porque el tono delirante y el ritmo vertiginoso del relato hacen que siga luciendo como una comedia brillante y redonda: Wilder se mueve como pez en el agua dentro del registro de la comedia política. A la destreza y el oficio del director hay que sumar el extraordinario trabajo de James Cagney, encarnando al farsante y despótico McNamara. El despliegue y la energía del actor, su concentración y la precisión de su tono sostienen la película de principio a fin: los demás personajes se mueven alrededor de la danza dislocada que él propone desde el comienzo y que es el centro de gravedad de toda la trama.

Pero más allá de la indudable capacidad de director y protagonista, creemos que la actualidad del film debe ser atribuida sobre todo a la mirada que propone sobre su tema: las relaciones políticas, comerciales y personales entre el este y el oeste en la escalada de la guerra fría aparecen a lo largo de toda la obra desprovistas de contenido ideológico; o bien, su contenido ideológico es superficial y parece desprovisto de toda seriedad.

Nos proponemos repasar en el artículo una serie de instancias, relaciones y actitudes personales que el film desarrolla y que convergen en un mismo punto: sea cual sea la procedencia nacional o ideológica de los personajes, todos se reúnen al final de la historia en torno de sus

intereses materiales. Un final con triunfo evidente del mercado, que se adelanta varias décadas al curso de la Historia y que Wilder deslizaba con una pícara sonrisa entre los labios.

Si C.R. McNamara es la personificación de un ejecutivo en la cima del mundo de los negocios que propone la sociedad capitalista, hay que decir que Wilder no tiene empacho en desmitificar por completo la seriedad, el decoro, el cuidado de la apariencia y la responsabilidad que deberían formar parte de su comportamiento. El gerente de la Coca Cola en Berlín es sobre todo un personaje ambicioso, hedonista e inescrupuloso, firmemente decidido a escalar dentro de la compañía y alcanzar un puesto de comodidad definitiva. Su evidente olfato para los negocios lo lleva a explorar la posibilidad de venta de la bebida en el mundo comunista: no importa en absoluto que los rusos y sus estados anexados no pertenezcan a la economía de mercado y practiquen una forma diferente de organización política y social; no hay ninguna cuestión ideológica que considerar en el asunto: para McNamara, el mundo soviético es una porción inmensa de potenciales compradores que harán la fortuna de la empresa y, sobre todo, la suya propia, asegurándole esa plaza en Londres que tanto desea.

Así, a medida que la trama se enreda y se desenreda, McNamara no vacila un instante en utilizar una batería de trampas y recursos estafalarios, casi todos sucios, que le van a permitir: contactar con el mundo soviético para hacer negocios, deshacer el sorpresivo matrimonio de la hija de su jefe que resulta desastroso para sus intereses, entregar al novio a las autoridades soviéticas para librarse de él, liberarlo luego y traerlo de nuevo al oeste cuando sale a la luz el embarazo de Scarlett, comprar para el muchacho un título de nobleza y liquidar toda la farsa presentándolo a los suegros como un joven de sangre aristocrática e iniciativa empresarial; es decir, el partido ideal para la muchacha descarriada, y a la vez, el matrimonio perfecto entre la Europa caída en desgracia -pero aún reluciente de prestigio- y los emprendedores Estados Unidos, en la cumbre de la economía mundial pero sin glorias ancestrales que exhibir.

Respecto de su propia familia, McNamara es un personaje más bien impresentable. Su esposa se refiere a él como *mein führer*, harta de seguirlo a los lugares más ignotos del planeta ante cada traslado y de cumplir el papel de mujer sumisa ante las evidentes y reiteradas infidelidades de su marido. La relación con su secretaria, a la que compra desembozadamente sus favores sexuales y a la que utiliza sin vergüenza como señuelo para tentar a los rusos, expone con toda claridad la concepción que tiene el protagonista de las relaciones humanas: simples medios para alcanzar sus objetivos personales. Lo cierto es que McNamara hace lo que quiere, maneja a todos a su alrededor a su antojo y no tiene empacho en sobornar funcionarios extranjeros o nobles de prosapia caídos en la ruina cuando necesita arreglar asuntos legales o lustrar de un barniz presentable al joven comunista que le ha caído del cielo para su desdicha.

Interesante imagen de un empresario capitalista: McNamara cree que puede comprarlo todo, y que tomando las decisiones correctas en el momento indicado, los intereses personales terminarán poniendo en orden las cosas. Eso sí, que nadie se equivoque, se reserva para el final la cuenta de sus gastos: “¿He sido un capitalista por tres horas y ya debo diez mil

dólares?”, reclama el muchacho ex comunista a punto de ser presentado a sus suegros. “Eso es lo que hace funcionar a nuestro sistema: todos deben.” Ese diálogo final entre el joven Otto y McNamara sintetiza con fina precisión el espíritu crítico, socarrón y despreciado que anima toda la película. Bienvenido al Capitalismo: aquí todos somos alegres esclavos del dinero.

Si la imagen que Wilder brinda sobre el capitalismo resulta deliciosamente crítica, el tono con el que se refiere al mundo soviético, representado por el fervoroso joven Otto y los tres delegados de Moscú, no se queda atrás en contenido irónico y burlón.

Los tres funcionarios soviéticos recuerdan a los otros tres de *Ninotchka*, la gran película de Ernst Lubitsch rodada veinte años antes: pícaros, tramposos, suspicaces, los comisarios representan sólo unos instantes la fachada de disciplina inherente a su cargo, para soltar luego a lo largo de todo el film sus propias ambiciones personales. Primero alrededor del posible negocio con McNamara y después en torno a la figura excitante de Fräulein Ingeborg, la rubia secretaria que quieren para ellos. Dispuestos a cualquier cosa para obtenerla, los rusos terminan cediendo a las presiones de McNamara cuando éste, desesperado, intenta recuperar al joven Otto al que había enviado a la cárcel de Berlín Oriental. Resuelto el intercambio, McNamara obtiene al muchacho y los rusos, estafados, descubren que la rubia no es otra que el servil Schlemmer, disfrazado de la manera más grotesca, que incluye entre sus ropas sendos globos simulando pechos que tienen escritas las leyendas: “Yankee go home” y “Russki go home”, respectivamente. Wilder vuelve a reírse a carcajadas de la guerra fría. Más tarde, uno de los tres comisarios traiciona a los otros dos para desertar, marcharse a occidente y quedarse con la rubia: “Si no lo hacía yo, lo hubieran hecho ellos”, le dice al indignado Otto que lo escucha. “¿Qué crees que le hizo Stalin a Trotsky?”

Otto Ludwig Piffel, después Otto von Dröste Shattenburg, pasa en la película de la convicción absoluta por la causa comunista al ingreso por adopción comprada a una familia noble alemana; de proletario militante a Conde de estirpe prusiana. En su trayecto sigue gritándole a McNamara los más encendidos discursos contra la explotación capitalista y a favor de la lucha de clases, pero en ningún momento se opone de verdad a su tránsito veloz hacia el mundo de la libre empresa. Cada vez más convencido, Otto va a terminar dialogando en confianza con su suegro, el director mundial de la Coca Cola, en torno a las necesidades de ampliar el negocio implementando nuevas estrategias de marketing...

Ni los funcionarios ni los simples proletarios soviéticos que presenta el film se quieren quedar dentro del mundo comunista. Para el gordo Comisario Peripetchikoff, la causa del partido es una suma de traiciones, vigilancias y controles de los que hay que huir como sea posible. Para el muchacho de firmes ideales, la causa se desvanece ante la tentación del ascenso social en la economía de mercado y la posibilidad de convertirse, en el mismo movimiento, en descendiente de la gloriosa nobleza germana y encumbrado ejecutivo de una corporación.

Ante la mirada sin concesiones de Billy Wilder, todos los ideales desaparecen detrás del interés material de sus criaturas. Al final, ya no hay discursos que sostener, ni los de las profundas convicciones clasistas que habían sustentado la causa comunista, ni los de las supuestas bondades del capitalismo, que somete a todos los personajes a sus reglas

implacables en torno a un *statu quo* renovado, en el que ahora conviven la aristocracia alemana, el proletariado soviético y la corporación norteamericana.

Uno, dos, tres; mientras ex nazis apenas reconvertidos circulan de fondo, la política y la economía mundial convergen en Berlín unos meses antes de la construcción del muro. La mirada de Wilder sobre el asunto resistió la marcha de la Historia con más firmeza que los ladrillos que dividieron al mundo en dos bloques por casi tres décadas.

Sobre el director y su obra

¿Por qué tomar en serio esta película? O, dicho de otro modo ¿Se puede pensar históricamente a partir de *Uno, dos, tres*? Una respuesta debería encontrarse en la lectura que ofrecemos del film; para pensar en otras posibles parece necesario introducir previamente algunos rasgos de la figura de su director, una de las personalidades más salientes de la historia del cine norteamericano.

Nacido en Galitzia, actual territorio polaco –entonces austrohúngaro– en 1906, en el seno de una familia judía, Billy Wilder comenzó a hacer películas en Alemania a fines de los veinte. El avance del Nazismo lo hizo emigrar en 1933 a Estados Unidos donde debió comenzar de nuevo desde cero, mientras una gran parte de sus parientes mayores moría en los campos de concentración que los nazis establecieron en Europa Oriental.

Después de un período de desempleo y altibajos económicos constantes, Wilder consiguió un lugar en Hollywood escribiendo guiones para las comedias de la Paramount. Rápidamente, se destacó como uno de los humoristas más filosos, mordaces y corrosivos de la industria, lo que le valió el derecho de dirigir sus propios guiones desde principios de los cuarenta.

A lo largo de su carrera en el cine, Wilder se rió de todo y de todos e invitó a los espectadores a hacer lo mismo por medio de sus guiones y de sus películas hilarantes e incómodas. Su mirada del mundo se apoyó siempre en un agudo sentido de la ironía, un humor cáustico y socarrón y una evidente desconfianza frente a todas las ideologías, conservadoras o revolucionarias, a las que satiriza constantemente en sus películas. Antiromántico por carácter y por experiencia, Wilder siempre invitó desde su obra a mirar el mundo desde los intereses concretos de sus personajes y desde las consecuencias prácticas de sus acciones. Varias décadas después de su obra, la expansión aparentemente ilimitada del mercado prolonga la vigencia de su mirada y sostiene las preguntas destiladas por su ironía.

Esta semblanza puede sugerir que la comedia política fue el género más transitado por el director. No es así. Wilder hizo películas en casi todos los géneros, incursionando incluso en el drama y en el policial negro, aunque su terreno natural fue la comedia de costumbres, casi siempre con enredos sexuales en el centro, lo que le valió frecuentes dolores de cabeza con la censura a lo largo de toda su obra.

Sus filmes más célebres son *Pacto de sangre* (*Double indemnity*, 1944), un magnífico policial negro, pieza clave del género, con Fred McMurray y Barbara Stanwyck; *Sunset*

Boulevard (1950), una extraordinaria y amarga reflexión sobre el paso del tiempo y sus efectos para las estrellas del mundo del espectáculo, *La comezón del séptimo año* (*The seven year itch*, 1955), una brillante comedia sobre la infidelidad protagonizada por Marilyn Monroe, *Una Eva y dos Adanes* (*Some like it hot*, 1959), probablemente su película más conocida, protagonizada otra vez por Marilyn Monroe junto al inolvidable dúo de Tony Curtis, presumiendo ser un ejecutivo de la Shell mientras intenta a la vez conquistar a la chica y evitar que lo mate una pandilla de gánsters, y Jack Lemmon, actuando de mujer a lo largo de casi toda la película. Otra vez Lemmon, protagonizaría en 1960 *Piso de soltero* (*The apartment*), una comedia de tono agridulce que le valió a Wilder cinco Oscars y el reconocimiento definitivo de la industria del cine como uno de los grandes directores de cualquier época.

Wilder dirigió 27 películas a lo largo de su carrera, de la última parte de su obra cabe destacar *Primera plana* (*Front page*, 1974) y *Fedora* (1978), una nueva versión apenas maquillada de *Sunset Boulevard*, acaso la película más oscura del director. Para calibrar la importancia de Wilder en la historia del cine de Hollywood, particularmente en el universo de la comedia, procede recordar las palabras de Fernando Trueba cuando su film *Belle époque* obtuvo el Oscar a la mejor película extranjera en 1993. El director español subió al estrado y declaró: "Como no creo en Dios, agradezco este premio a Billy Wilder".

Wilder murió en 2002 en su casa de Los Ángeles. El polaco-austríaco-judío petiso y genial, en cuya biografía se entrecruzaron buena parte de los acontecimientos políticos más importantes del siglo XX, legó al cine y a la cultura contemporánea una mueca burlona, amarga e irreverente, pero siempre plena de gracia e inteligencia.

Actividades

Actividad 1

La Guerra Fría a la luz del capítulo y del texto de Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Cap. VIII, “La Guerra Fría” responda las siguientes cuestiones:

- La definición de la Guerra Fría.
- Las etapas que se distinguen a lo largo de este período.
- El contexto en que se desencadenó la Segunda Guerra Fría.

Actividad 2

Sobre la base de la lectura arriba pautadas discuta el texto que incluyo a continuación: verdadero o falso y fundamente su opción:

La Guerra Fría resultó del enfrentamiento entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, asociado a la paridad del potencial económico y militar entre ambas. Su razón principal provino de las profundas divergencias ideológicas entre ambos sistemas.

Actividad 3

En base a la explicación de Hobsbawm exponga su evaluación respecto a la siguiente afirmación: *Las revoluciones de 1989 fueron decisivas para poner fin a la Guerra Fría.*

Actividad 4

Complete el cuadro ingresando los siguientes acontecimientos de la guerra fría (indicando el año), según el lugar donde acontecieron y el período en el cual transcurrieron:

- Triunfo de la revolución china.
- Intervención armada de los soviéticos en Afganistán.
- Creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE).
- Ruptura chino-soviética.
- Reagan anuncia a su proyecto de militarización espacial.
- Aprobación del Tratado del Atlántico Norte.
- Acta Final de Helsinki.

- Proclamación de la República Socialista de Vietnam.
- Creación de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (Kominform).
- Toma del gobierno de Checoslovaquia por los comunistas y fin del gobierno de coalición.
- Guerra de Corea.
- Caída de la dictadura en Portugal con la Revolución de los Claveles.

Etapa	Guerra Fría plena (1947-1953)	De la coexistencia a la distensión (1953-1975).	La Segunda Guerra Fría (1975/1979-1989)
Lugar			
Zona occidental bajo el liderazgo de EEUU			
Región centro oriental sometida a las directivas de la URSS.			
Tercer Mundo		<i>Ej: Crisis de los misiles en Cuba (1962)</i>	

Actividad 5.

Unir con una flecha los siguientes acontecimientos a la potencia correspondiente y explicar brevemente en qué consistieron:

ESTADOS UNIDOS

Plan Marshall

Construcción del muro en Berlín

URSS

Formación de la OTAN

Formación de la Kominform

Actividad 6

En *Uno, dos, tres* se presenta en clave satírica una versión de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética en la Alemania de posguerra.

- Señale dos instancias del film que se puedan vincular concretamente con el contexto de la guerra fría.
- Realice una descripción del empresario liberal y del obrero comunista atendiendo a la forma en la que el film presenta sus ideologías y sus acciones.